

LA UNIVERSIDAD EN LA EDAD MEDIA. Reflexiones sobre la identidad de sus orígenes y su continuidad histórica

Jaume Aurell
Universidad de Navarra
saurell@unav.es

Indagar en los orígenes es una tarea esencial porque remite a la cuestión de la identidad. La universidad es una de las pocas instituciones que se ha mantenido desde los siglos medievales (quizás únicamente junto a la Iglesia católica), expandiéndose además por los cinco continentes –la idea que se tiene de “universidad” es básicamente la misma en los cinco continentes, cosa que sucede muy raramente en otras instituciones, sobre todo por las enormes diferencias Oriente-Occidente y de las tradiciones cristianas o islámicas. La universidad es más antigua que otros fenómenos históricos hegemónicos hoy día –como el Estado o el capitalismo– que son ya específicos de la modernidad y no remiten propiamente a la tradición medieval.

Por tanto, la longevidad, la permanencia, la representatividad y la estabilidad de la institución universitaria nos inclinan a acercarnos a ella a través de una mirada respetuosa y atenta. Parece además evidente que hoy, quizás más que nunca, la universidad precisa de este ejercicio de búsqueda de la propia identidad. Sólo los más despistados se resisten a estas reflexiones, por considerarlas poco prácticas o ineficaces. Pero el sentido común confirma que importa más acertar en la dirección de una institución, algo que es lógicamente más decisivo que llevar una impecable administración y gestión sin acertar en el objetivo.

La primera enseñanza de este acercamiento a los orígenes es que la universidad no surgió ni espontánea ni instantáneamente. Su emergencia es fruto de un largo proceso, relacionado siempre con los centros educativos promovidos por la Iglesia desde la tardo-antigüedad. Su fundación data del siglo XII y está localizada en los primeros centros de estudio y enseñanza surgidos en París, Bolonia y Oxford. Ya a mediados del siglo XII, el ambiente era propicio. Por aquel entonces, Juan de Salisbury puso en boca de su maestro, Bernardo de Chartres, las siguientes palabras, que son una auténtica declaración de intenciones sobre la interdisciplinariedad, incluso entre las ciencias y las humanidades:

“Cuantas más disciplinas se conozcan y cuanto más profundamente se impregne uno de ellas, más plenamente se captará la perfección de los autores antiguos y más claramente se los enseñará. Estos, gracias a la diacrisis, palabra que podemos traducir por ilustración o coloración, y partiendo de la materia bruta de una historia, de un tema, de una fábula, con la ayuda de todas esas disciplinas y de un gran arte de la síntesis y de la razón, hacían de la obra terminada como una imagen de todas las artes. La gramática y la poesía se mezclan íntimamente y abarcan toda la extensión del tema. Sobre este campo, la lógica, al aportar los colores de la demostración, infunde sus pruebas racionales con el esplendor del oro. La retórica, en virtud de la persuasión y del brío de la elocuencia, imita el brillo de la plata. La matemática, arrastrada por las ruedas de la cuadriga, pasa sobre las huellas de las otras artes y deja en ellas con una infinita variedad sus colores y sus encantos. La física, habiendo penetrado los secretos de la naturaleza, aporta la contribución del múltiple encanto de sus matices. Por fin, la más eminente de todas las ramas de la filosofía, la ética, sin la cual no hay filósofos ni siquiera de nombre, sobrepasa a todas las demás por la dignidad que confiere a la obra” (Jacques Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media*, Barcelona, 1986, 29-30).

Las nacientes universidades eran herederas de las antiguas escuelas catedralicias, donde se formaban los hijos de la pujante burguesía que empezaba a poblar los arrabales (los “burgos”) de las emergentes ciudades europeas. Estas escuelas, vinculadas a obispados y dirigidas por clérigos, tuvieron un gran dinamismo en los siglos XI y XII, destacando las francesas de Angers, Orleans, París, Chartres, Reims y las alemanas de la zona renana. Las escuelas catedralicias eran, a su vez, herederas de las escuelas monásticas, fundadas al albur del movimiento monástico latino y griego, y basadas en las instituciones cultas y cristianas de la alta edad media, cuyo saber estaba ordenado en dos ejes: las “artes liberales” (gramática, retórica, lógica, aritmética, música, astronomía y geometría) y las “ciencias sagradas”, que más adelante serían agrupadas en torno al concepto de “teología” y constituirían la coronación de las “artes liberales”, que a su vez se considerarían los estudios universitarios más básicos y comunes.

La transformación de las escuelas de transmisión del saber fue concomitante a la evolución de las estructuras profesionales, sociales y económicas. Se incrementó el comercio y proliferaron las ciudades. Eclesiásticos y mercaderes experimentaron, de modo más acuciante, la necesidad de educar a quienes les iban a suceder en las tareas pastorales y las actividades comerciales. Ellos fueron los principales promotores de las universidades, pues la nobleza en-

contró otros modos de educar a sus vástagos, más relacionados con la tradición familiar y la adquisición de las buenas maneras que con los conocimientos teóricos o aplicados. Los artesanos, por fin, tenían sus propias escuelas, basadas en la adquisición de una determinada profesión manual a través de la enseñanza práctica en el propio taller.

La ciudad de Bolonia se había caracterizado por sus escuelas de derecho, patrocinadas por el emperador alemán Federico I Hohenstaufen, conocido como “Barbarroja”. Durante el siglo XII, acudían allí estudiantes de toda Europa, organizados en “naciones” –colectivos de estudiantes procedentes de las regiones de Inglaterra, Alemania, Toscana, Provenza o Lombardía. Paulatinamente, se fueron organizando en colectivos más globales, llamados “universidades”. La palabra pasó del plural al singular (*universitas*). En Inglaterra destacaron pronto las universidades de Oxford y Cambridge. En Francia, las de París, Orleans, Angers, Aviñón, Perpiñán y Montpellier. En Italia, las de Bolonia, Perusa, Pavia, Florencia y Siena. En los países germánicos, las de Viena, Erfurt, Heidelberg, Colonia y Leipzig. Los monarcas de los diversos reinos de la Península Ibérica promovieron sus respectivas universidades: Salamanca, Valladolid, Lisboa y Lérida.

La mayor parte de los estudiantes universitarios provenían de los estamentos profesionales relacionados con el ejercicio del derecho (notarios y letrados), el comercio (hijos de mercaderes o banqueros) y la Iglesia (sacerdotes y religiosos, mayoritariamente dominicos y franciscanos). Por tanto, las universidades tuvieron que acometer desde sus orígenes la cuestión del “mercado laboral” de sus estudiantes, y no le dieron la espalda. Por una parte, debían proveer licenciados con unos conocimientos que garantizaran la buena marcha y la administración de los negocios y las transacciones comerciales. Por otra parte, debían asegurar la buena formación doctrinal y retórica de quienes iban a dedicarse a las tareas pastorales. Por tanto, siempre fueron menos los que iban a dedicarse profesionalmente a la adquisición y transmisión del saber. La escisión que se produjo en el siglo XII entre una escuela monástica reservada a los futuros monjes y una escuela urbana-universitaria abierta a todo el mundo, tanto laicos como eclesiásticos, es esencial para entender los orígenes de la primera universidad.

Superada su fase originaria, durante el siglo XIII la universidad se fue transformando en una corporación y a lo largo de esa centuria pasó de la fase de sus “orígenes” a la de los “comienzos” históricos, según la clásica distinción de Michel Foucault. En cada ciudad en la que existía un oficio que agrupaba a un número importante de miembros, éstos se organizaban para defen-

der sus intereses e instaurar un monopolio en su beneficio, en forma de gremios y corporaciones. Las universidades, concebidas también como una “corporación profesional”, reclamaron autonomía y privilegios, que serían otorgados por los obispos, al igual que las ciudades los conseguían de los monarcas.

Pero la organización corporativa, al tiempo que consolida, también petrifica. El obispo, junto a la autonomía que concede, reclama un control de las enseñanzas –una función que en la edad contemporánea ha sido reemplazada por el Estado– delegada en la figura del canciller. Los profesores, representantes de la propia universidad, se resisten. Consecuencia y sanción de un progreso, la nueva organización corporativista hace más rígida la estructura, pero consolida ya para siempre la peculiar identidad del gobierno de la universidad, cuya dirección está en manos de los propios académicos. Durante el siglo XIII, la figura del canciller, originariamente funcionario del obispo, queda de hecho absorbida por la universidad. Son los profesores universitarios quienes lo eligen, consolidando así el sistema corporativista.

Esta estructura corporativista es, sin embargo, ambigua de por sí, y condena para siempre a la universidad a sufrir una tensión permanente, fruto del encuentro y la necesaria convivencia entre realidades de naturaleza muy distinta. Nacidos de un movimiento que se enderezaba hacia el laicismo, los universitarios son de hecho eclesiásticos. Beneficiadas por los desarrollos locales o nacionales (las ciudades o los reyes), las universidades tienden de manera natural a lo universal, tanto por la procedencia de sus profesores y estudiantes como por el objeto de sus ciencias, por la lengua vehicular utilizada y por la religión profesada. Necesitado de un gobierno centralizado y organizado jerárquicamente, el verdadero poder se reside y se halla representado en la base, en los profesores y los estudiantes. Pero es precisamente en el mantenimiento de esas tensiones donde reside su capacidad de supervivencia a través de los siglos. Ellas garantizan la pluralidad de sus agentes y la representatividad de su gobierno y, en consecuencia, hacen necesaria su autonomía.

La batalla por la autonomía jurisdiccional y la libertad de cátedra de la universidad fue, en efecto, muy dura durante el siglo XIII. En 1229, los estudiantes de la universidad de París se enfrentaron a la policía real. Muchos de ellos mueren a manos de los soldados. Entonces, la mayor parte de la universidad se declara en huelga y se retira a Orleans. Durante dos años casi no se dicta ningún curso en París. En Bolonia la universidad reclama a la Comuna los privilegios perdidos que había concedido Federico Barbarroja en 1158. La Comuna había impuesto a los profesores la residencia a perpetuidad, los había convertido en funcionarios e intervenía en la planificación de los grados. Los

universitarios se declararon en huelga y se refugiaron en Vicenza, Arezzo, Padua y Siena, hasta que la Comuna entró en razón y se comprometió a no volver a entrometerse jamás en el proyecto, la administración y el gobierno de la universidad.

Como se ve por estos ejemplos, la universidad medieval consideraba innegociable su autonomía jurisdiccional y su libertad de cátedra, y luchó por ella hasta la extenuación. O se conseguía, o desaparecía la universidad como proyecto. Esta lucha por la autonomía universitaria es una constante histórica y se extiende hasta el mundo contemporáneo: es mucho lo que hay en juego. En este contexto, las universidades medievales encontraron un inesperado aliado en sus querellas frente a los poderes locales espirituales y temporales: el Papa. Gregorio IX, por ejemplo, había intervenido decididamente en la crisis de París. En 1229 había escrito al obispo de París:

“Siendo así que un hombre sabio en teología es semejante a la estrella de la mañana que irradia luz en medio de las nieblas, ilumina a su patria con el esplendor de los santos y apacigua las discordias, tú no sólo has descuidado ese deber sino que, según las afirmaciones de personas dignas de crédito, a causa de tus maquinaciones has hecho que el río de las enseñanzas de las bellas letras (...) se haya salido de su lecho, es decir, de la ciudad de París, donde corría vigorosamente hasta entonces. En consecuencia, dividido en muchos lugares, quedó reducido a la nada, así como un río salido de su lecho forma innumerables arroyos que luego se secan” (Jacques Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media*, Barcelona, 1986, 75).

Las universidades consiguieron así independencia respecto a las fuerzas locales a menudo tiránicas, ensanchando sus dimensiones hasta abarcar a toda la cristiandad. Ciertamente, quedaron sujetas al Papa, pero se beneficiaron de su jurisdicción universal, y de que, por lo general, éste supo dar pruebas de amplitud de miras, lo que preservó a la universidad de su efectiva desaparición.

Durante el siglo XIII, la universidad diseñó también su organización administrativa y profesional. La corporación universitaria parisina puede tomarse como modelo. Se componía de cuatro facultades (*Artes, Derecho Canónico, Medicina y Teología*), que formaban otras tantas corporaciones en el seno de la universidad. La facultad de Artes se ocupaba de las enseñanzas básicas, era la más numerosa y estaba estructurada según el sistema de las *naciones*, según el lugar de procedencia de profesores y estudiantes. Cada nación era presidida por un *procurador*, elegido por los regentes. Los procuradores asistían al *Rector*, ca-

beza de la facultad de artes. Las facultades *superiores* eran Derecho, Medicina y Teología, y estaban regidas por los profesores titulares (*regentes*) con un decano a la cabeza. Solían acoger a los estudiantes mayores en edad, una vez superadas las enseñanzas impartidas por la facultad de Artes.

Según la terminología contemporánea, la facultad de Artes sería como el *Bachelor* actual de las universidades anglosajonas, y constituía la base de conocimientos básicos, no aplicados, de duración entre tres y cuatro años, entre los que destacaban los de lógica y dialéctica. Sobre estos estudios básicos se asentaría el estudio de las facultades superiores (el Derecho, la Teología y la Medicina), en una segunda fase universitaria que se podía alargar entre seis y diez años.

Las facultades estaban unidas sólo por la asamblea general de la universidad, compuesta de los maestros regentes y no regentes. Poco a poco, la facultad de Artes se fue convirtiendo en la aglutinadora de toda la universidad, debido a la preeminencia del número de sus miembros, su función de estudios básicos, el espíritu que la animaba y, no menos importante, su papel financiero. A finales del siglo XIII surge de ella la figura del Rector, que se constituye de hecho como la cabeza de la corporación al disponer de las finanzas de la universidad y presidir la asamblea general. Su autoridad es, con todo, muy limitada en el tiempo. Aunque es reelegible, el rector desempeña sus funciones sólo por un trimestre.

Las enseñanzas estaban basadas en los comentarios de los autores clásicos y medievales de referencia, como Aristóteles y Cicerón, o Euclides y Tolomeo para las ciencias matemáticas y astronómicas. Entre los juristas, la compilación de decretos de Graciano constituía el manual básico. La enseñanza de la teología se basaba en los textos bíblicos y los comentarios de Pedro Lombardo y Pedro el Comedor. La enseñanza del derecho civil se basaba en las compilaciones justinianas (el *Digesto* y las *Novela*). La facultad de medicina se apoyaba en el *Ars Medecinae*, compilación del siglo XI que comprendía obras de Hipócrates y Galeno, a las que se añadían las grandes sumas árabes: el Canon de Avicena, el *Correctorium* de Averroes y el *Almansor* de Rhazés. Las sesiones estaban basadas en los comentarios a estos y otros textos, pero eran disputadas entre profesores y alumnos.

La adquisición de nuevas virtudes morales estaba asociada a la de los conocimientos teóricos. El estudiante universitario debía despojarse de las costumbres rústicas del campo adquiriendo las formas urbanas propias de la ciudad; pasaba así de la bestialidad a la humanidad, en un proceso de

“urbanización” de las formas y las costumbres. La corporación universitaria debía cumplir también con deberes religiosos y actos de beneficencia. Sus miembros tenían que acudir a ciertos oficios religiosos, a ciertas procesiones, y cumplir con determinadas devociones, entre las que destacan las de los santos y patronos de cada una de las facultades.

Desde un punto de vista social, la universidad lo es todo menos elitista. El verdadero nervio de la universidad original lo dieron aquellos universitarios de condición modesta (o por lo menos, no aristocrática) que fueron su fermento. Esto fue una norma durante los siglos XII y XIII. Sin embargo, durante el siglo XIV, azuzada por las crisis económicas, la universidad se volvió más exclusivista, limitándose prácticamente a los estudiantes que gozaban de un protector o de unas rentas suficientes para mantenerse. La universidad se nutría cada vez más de los grupos sociales que vivían de rentas de tipo feudal o ya precapitalista. Al terminar sus estudios, estos estudiantes se reincorporaban a un trabajo (a una forma de vida que no precisaba el trabajo) ya garantizado de antemano, lo que propiciaba un círculo vicioso que desembocaría inevitablemente en la crisis del modelo universitario en el siglo XV. Una crisis que se saldrá con la emergencia del humanismo a costa de la desnaturalización de la universidad, que sólo se recuperará con la reforma de la universidad germánica decimonónica.

El problema surgió cuando los estudiantes empezaron a concebir su paso por la universidad como algo pasajero e instrumental que les permitiera obtener un título que les garantizara la continuidad en su grupo social de élite. Y también cuando los profesores se acomodaron a la percepción de unas rentas garantizadas por su condición religiosa o aristocrática. Unos y otros perdían la auténtica “vocación” universitaria –en el sentido más medieval de la palabra, que aglutina los conceptos de “misión” y “profesión”. Un síntoma de esta deriva es la progresiva tendencia a conseguir de manera hereditaria los títulos y los grados profesoriales universitarios. Los universitarios habían hecho de su profesión una aristocracia hereditaria, endogámica, perdiendo así buena parte de su vigor espontáneo y de su capacidad de incentivarse por el simple deseo de aprender y enseñar. Así, por ejemplo, convierten las vestimentas y los atributos de su función en símbolos de nobleza. La cátedra los aísla, los exalta, los magnifica, no por su autoridad como docentes, sino por la potestad que emerge del propio cargo. El anillo, la toga, el birrete simbolizan cada vez más el prestigio, en detrimento de las funciones a las que están asociadas.

Los maestros universitarios, que al principio estaban asociados a los otros maestros urbanos jefes de talleres menestrales (los maestros enseñaban como

los herreros herraban), fueron progresivamente asociados a los títulos nobiliarios: su título deja de indicar la función y la profesión que desempeñaba (maestro de universidad) para convertirse en un título de gloria. Algunas voces de conciencia se enfrentan a esta desnaturalización de la universidad. Un texto anónimo del siglo XIII denuncia: “Los maestros no enseñan para *ser útiles* sino para ser llamados rabinos”. Pero, a pesar de esas alertas, acabó predominando la tendencia al ennoblecimiento y al utilitarismo de la enseñanza. El acomodado gramático Mino da Colle declara a sus alumnos: “La posesión tan buscada de la ciencia vale más que cualquier otro tesoro; hace salir al pobre del polvo en que se encuentra, hace noble al que no es noble y le confiere una reputación ilustre; permite al noble superar a los no nobles al pertenecer a una élite”.

La ciencia se convierte en una posesión y un tesoro, en instrumento de poder, de dependencia, y no está dirigida ya por un fin desinteresado. Los estudiantes llaman a su maestro favorito *Dominus meus*, mi señor, y ese título los coloca, más o menos conscientemente, en un marco de vasallaje. El modelo de la monarquía pasa de los “reyes santos” a los “reyes sabios”, de san Fernando de Castilla y san Luis de Francia (siglo XIII) a los pre-maquiavélicos Pedro el Cruel de Castilla y Pedro el Ceremonioso de Aragón (siglo XIV). Esta evolución concluye en 1533, cuando Francisco I asocia la caballería a los doctores de la universidad.

Esta pérdida de esencia de la universidad medieval, junto a razones de orden financiero, empujó a los intelectuales hacia los nuevos centros de riqueza y de mecenazgo, como las cortes de los príncipes o los ambientes de mecenas eclesiásticos y laicos. De ahí saldría la generación humanística que “salvaría” la sabiduría de la sociedad occidental, pero que arrastraría a la universidad a una crisis de la que no se recuperaría hasta después de cuatro siglos, con la fundación de la universidad germánica decimonónica.

EL LEGADO DE LA UNIVERSIDAD MEDIEVAL

Ciertamente, detrás de toda esta evolución también está la resistencia de los nuevos intelectuales a no ser confundidos con los trabajadores manuales, los artesanos. Asimilados originariamente a estos a través de la figura común de los “maestros de oficios”, los intelectuales se adhieren a la opinión creciente que considera el trabajo manual con profundo desprecio. En el siglo XV, estamos bien lejos de aquel impulso original que en las ciudades de los siglos XII

y XIII acercaba las artes liberales y las artes mecánicas en un común dinamismo. Pero este acercamiento no había implicado, en ningún momento, una reducción de las enseñanzas universitarias a la transmisión de unos conocimientos técnicos, ya que estos estaban ya garantizados por la enseñanza práctica en los propios talleres.

Así, la universidad original había velado siempre por un equilibrio entre ciencia y técnica, entre conocimientos básicos y aplicados, entre saber y profesión, de nuevo a través del mantenimiento de una tensión quizás incómoda pero necesaria. La universidad siempre había defendido esta tensión, que de hecho la ha distinguido de las “Academias”, surgidas en la Florencia del siglo XV y divulgadas rápidamente en toda Europa, cuya función específica es el cultivo y la comunicación del saber entre *seniores*. Las academias, cuya edad de oro se verifica en el siglo XVIII, siguen hoy presentes en el panorama del conocimiento, siguen siendo necesarias, pero se distinguen claramente de la universidad por dos notas: no hay ahí “ayuntamiento” entre docentes y discentes ni aprendizaje de oficios.

Bien puede apreciarse el obstáculo que opondrá a los progresos de la enseñanza esta cesura entre el mundo de los sabios y de los prácticos, entre el mundo científico y el mundo técnico, entre el mundo del conocimiento y el profesional. Es un problema muy actual, pues hoy día la universidad se ha decantado completamente por el segundo modelo (el de la técnica, la práctica y las enseñanzas profesionales), en detrimento de los estudios humanísticos o científicos. El problema no ha sido el cuarteamiento de las enseñanzas, la distinción entre “carreras” y la hiperespecialización, sino el diseño formativo de cada una de las disciplinas y estudios universitarios.

El análisis de los orígenes y los comienzos históricos de la universidad demuestra que es un error pensar que la universidad dio la espalda a la aplicabilidad de sus enseñanzas. Desde sus comienzos históricos, se dedicó prioritariamente a la formación de unos profesionales que resultaban necesarios para la buena marcha de los tres ejes fundamentales que regían a las sociedades bajomedievales: el regimiento de los pueblos a través del derecho, el desarrollo de la Iglesia a través de la teología y la filosofía, y, por fin, el progreso material de la sociedad a través del comercio. Estos tres campos dominarían las enseñanzas universitarias hasta el umbral de la edad moderna, cuando se les unirían también los estudios científicos. Estos estudios habían sobrevivido durante la edad media gracias a la preservación de las obras aristotélicas y garantizaron los descubrimientos posteriores, así como la emergencia de la ciencia moderna a través de figuras como Galileo, Newton y Copérnico.

La distinción entre estudios humanísticos y científicos se ha ido consolidando hasta la actualidad, pero lo que realmente perjudicó a las universidades como centros de saber no fue esa escisión, sino más bien la incorporación de las “escuelas técnicas y profesionales” a la enseñanza universitaria, algo que se verificaría ya durante el siglo XX. El problema no era, obviamente, esa incorporación en sí misma, sino la progresiva reducción de los planes de estudios de esas nuevas disciplinas a cuestiones de tipo profesional y técnico, en detrimento de los conocimientos básicos no-aplicados. De hecho, la universidad medieval había asimilado bien la incorporación de las disciplinas científicas como la física, la química, las matemáticas o la biología, por la sencilla razón de que hacían referencia a conocimientos básicos. La aplicabilidad de estas ciencias variaba según las circunstancias, pero en todo caso esa vertiente práctica y técnica no era su objetivo fundamental y primario, sino una consecuencia que se seguía de su correcto ejercicio. La experiencia demuestra que no ha sucedido lo mismo con las llamadas “escuelas técnicas” y, ya durante la segunda mitad del siglo XX, con la hegemónica presencia en las universidades del modelo de las “ciencias sociales”.

En todo caso, la universidad medieval había asegurado su carácter “universal” a través del cristianismo –pues ese había sido el ámbito en el que se había originado– y en el uso de una lengua vehicular única: el latín. Sin estas dos premisas (su base cristiana y el uso de una lengua vehicular), o no se hubieran creado las universidades, o habrían sido *otra* cosa. Por tanto, me parece que cualquier búsqueda de las raíces identitarias de la universidad debe pasar por ahí. Benedicto XVI lo ha argumentado así:

“La Universidad ha sido, y está llamada a ser siempre, la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana. Por ello, no es casualidad que fuera la Iglesia quien promoviera la institución universitaria, pues la fe cristiana nos habla de Cristo como el Logos por quien todo fue hecho (cf. Jn. 1, 3), y del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios” (Benedicto XVI, *Discurso a universitarios jóvenes*, El Escorial, 19 de agosto de 2011).

En este sentido, la universidad –y en general, el saber– todavía no se ha recuperado de la pérdida del poder unificador de todas las disciplinas que tenía la teología. Su función la suplió con eficacia la filosofía por lo menos hasta mediados del siglo XX, pero el progresivo acantonamiento de esta –la historia se repite– ha dejado a la universidad con un futuro todavía más incierto: todos nos quejamos del cuarteamiento y la especialización excesiva del saber universitario, pero ninguno pone el dedo en la llaga: la desaparición del punto

de referencia que constituyen las disciplinas cuyos objetos son precisamente universales. Y de esas hay sólo dos: la teología y la filosofía.

Asegurada la unidad de los saberes en torno a las disciplinas con un objeto universal, la universidad dispuso una base de conocimiento que permitió, ya en la edad moderna, aplicar esos saberes a los descubrimientos científicos y las realizaciones técnicas que el nuevo mundo, espoleado por los descubrimientos geográficos y la emergencia del capitalismo, demandaba. Convencida de que sólo quien se deja absorber y raptar por lo general fecunda y enriquece lo particular, la universidad nunca ha claudicado ante los cantos de sirena de profesionalismos, procedimentalismos, eficacismos o tecnicismos:

“A veces se piensa que la misión de un profesor universitario sea hoy exclusivamente la de formar profesionales competentes y eficaces que satisfagan la demanda laboral en cada preciso momento. También se dice que lo único que se debe privilegiar en la presente coyuntura es la mera capacitación técnica. Ciertamente, cunde en la actualidad esa visión utilitarista de la educación, también universitaria, difundida especialmente desde ámbitos extrauniversitaria. [...] Sabemos que cuando la sola utilidad y el pragmatismo inmediato se erigen como criterio principal, las pérdidas pueden ser dramáticas: desde los abusos de una ciencia sin límites, más allá de ella misma, hasta el totalitarismo político que se aviva fácilmente cuando se elimina toda referencia superior al mero cálculo de poder. En cambio, la genuina idea de la Universidad es precisamente lo que nos preserva de esa visión reduccionista y sesgada de lo humano” (Benedicto XVI, *Discurso a universitarios jóvenes*, El Espectral, 19 agosto de 2011).